

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. MATOSES.

SEMANARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLICER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: Un mes, CUATRO REALES.—Tres meses, DOCE REALES.—Número suelto, UN REAL.—En Provincias: Un mes, CINCO REALES.—Tres meses, TRECE REALES.—Número suelto, UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc para imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicaciones.

DETRÁS DEL TELON, — por LUQUE.



—Y bien, Luisa, ¿me permitireis besar vuestras manos por conducto de vuestra mejilla?

TIPOS DE MADRID, — por PELLICER.



El padrino de todos los desafíos al... ajedrez.

LA INCÓGNITA DESPEJADÍSIMA.

I.

Un día, paseando por la calle de Barcelona, ví junto á un portal un papel blanco, cuadrado, con algunas palabras escritas en mala letra, pero bastante gorda para que yo pudiera verla sin anteojos.

Siempre he sido curioso. ¿Es esto un defecto ó una desgracia? Llamémoslo inconveniencia.

Aquel papel parecia una carta; me agaché, lo cogí, y en efecto, una carta era.

Decía el sobre:

Para D. L. Lopez.

Me alegré de que el nombre estuviera sustituido por la inicial y de que el apellido fuera tan vulgarote. ¡Apenas hay Lopez en España!—dije yo.—No peco leyendo esta carta. ¡Adelante!

Rompí el sobre y leí:

«Caballero: Mi conducta le parecerá á Vd. extraña, pero al escribirle á Vd. confío en su nunca desmentida caballerosidad, y sé que sabrá guardar eternamente el secreto de esta carta. No hace muchas noches le oí á Vd. declamar la magnífica escena de *El Zapatero y el Rey*, y... (*Aquí había cuatro ó cinco*

palabras tachadas con el dedo.) Si es Vd. caballero y sabe no comprometer á una señora, acuda esta noche, á las diez y media, al paseo del Botánico. Un coche parado, y un pañuelo blanco que una mano hará ondular en la ventanilla, le indicarán el sitio donde le esperan. Silencio y puntualidad.»

II.

Me quedé estático, pálido, tembloroso y apabullado.

¡Ah! dije por fin.

Y me puse á pensar. De pálido que estaba me puse lívido.

Capítulo tercero.

Pues señor, cogí ¿y qué hice? me decidí á presentarme aquella noche en el paseo del Botánico.

Lo grave consistía en que me armaran un escándalo, caso de ser descubierto.

Entrando de golpe y porrazo en el coche, y no hablando una palabra siquiera en mucho rato, podría aprovechar el tiempo... oyendo hablar á la jóven apreciable que se extralimitaba á escribir cartas del tenor antecedente.

Yo tenía un dato. El Lopez de la carta debía ser un actor.

LOS ASISTENTES, — por URRUTIA.



—Digazte, arma mia, ¿ez tambien del regimiento eza criatura?

Un actor que hacia muy bien *El Zapatero y el Rey*, y especialmente una escena.

Y yo me volvia loco pensando un nombre, porque como no conozco ningun actor que reuna dichas condiciones...

¡Qué demonios! dije. Iré esta noche, y, así como así, ciertos actores tienen diferente metal de voz en la calle que en el teatro; por ejemplo, los que *ladran* en la escena y *hablan* en la calle.

Mi habilidad estriba en que la enamorada joven no me vea la cara.

Esto pensé, y en estas y las otras, no me *sorprendió* la noche, porque estoy muy acostumbrado á verla, y á mí no me sorprende nadie; pero la noche se entró de rondon en Madrid, y mi corazón comenzó á bofetadas con mi sangre fría, hasta que la puso ardorosa y echando fuego.

Me hacia el corazón:—¡Pin, tin, tan; pin, tin, tan pin, tin, tan!!

Dieron las diez. Me fui del café sin pagar, olvidándome de todo. ¡Oh!

Capítulo número 4.

El paseo estaba oscuro, pero no solitario. Apenas llegué al sitio de la cita, ví el coche parado.

Me acerqué; cuando estaba á doce pasos ya ví agitarse el pañuelo.

Estuve por gritar como Otello:

¡Ah, il mio fazzoletto!

Me subí el cuello del gaban, me metí el sombrero hasta las cejas; la portezuela del coche acababa de abrirse..... ¡cataplan! me zampé dentro.

EN EL RIO, — por PELLICER.



- ¿Es una así, regordeta, morena, con una caída de ojos...?
 —¿Que lleva polison?
 —La misma.
 —Pues, hija, ¡si es la del capitán de lanceros!

Me cogieron una mano.
 ¡Ay! no me atrevo á continuar.

V.

Sentí una emoción tan grata cuando aquella mano suave y delicada apretó la mía, que estornudé tres veces y se me cayó el sombrero.

—¡Chiiisst! me dijeron.

No me podían haber dicho nada que más me conviniera. Me mandaban callar; era lo mismo que autorizar la suplantación que yo estaba haciendo.

El carruaje empezó á andar. La tapada misteriosa continuaba diciendo:—¡Chiiisst!

Lectora, no te alarmes; pero sabe que le administré cinco besos seguidos en la mano, de aquellos que parecen por el ruido el ramillete de los cincuenta voladores con que se acaban los fuegos artificiales.

El coche se detuvo.

—Bajemos, me dijo en voz muy baja la ciudadana inofensiva.

Y bajamos.

VI.

Aquí comienza una historia terrible. Su recuerdo me da calambres.

Aquella mujer que llevaba el rostro cubierto con un velo; aquella mujer que olía á *patchuli* de una manera insultante; aquella mujer que se había honrado con cinco besos de tres puentes; aquella mujer entusiasta del arte y de los artistas... se dirigió á la esquina de la calle de Atocha, llevándome por la mano siempre, y me puso entre dos inspectores de policía.

—¡Qué es esto grité!

—¡Aquí está este tunante! dijo ella.

—¡Síguenos Vd! me dijo uno de los inspectores.

—¡Silencio! me dijo el otro.

LOS CALAVERAS, — por PELLICER.



A las cuatro de la mañana.

- Pero ¿os vais á acostar tan pronto?
- ¿Dónde quieres que vayamos?
- Vamos á ver salir la *Aurora*...
- ¡Si hoy no sale! ¡Creo que está presa por andar á cachetes con los poetas!

—¡Me he lucido! dije yo.
Y sin que me valiera el gritar ni el buscar una salida, entré en el *cajon* como un caballero.

Epilogo.

¿Quieres saber, lector amigo, cómo salí á la calle?
Merced á mis amigos y á las pruebas que dí de no llamarme L. Lopez.

¿Y sabes lo que significaba todo aquello?
Que una tal doña Robustiana, patrona de huéspedes, no pudiendo atrapar de ningun modo á un tal Lopez, huésped que fué suyo, y aun dicen que amante por espacio de dos años (en los cuales nunca se acordó de pagar), apeló al ingenioso medio de escribirle la carta que ya conoces, á los dos dias de haberle visto en un teatro de aficionados mascullando los versos del drama de Zorrilla.

Eusebio Blasco.

SINCERAMENTE.

Dispéñeme usted, lector:
¿quiere usted hacerme el favor
de leer la poesía
que compuse el otro dia
estando de buen humor?

Voy á hablarle á usted de mí,
me juzgará usted inmodesto,
pretencioso, ó cosa así...
y se engaña usted en esto:
soy un jóven... ¡hasta allí!

¡Dije *hasta allí*, sin notar
que usted no puede mirar
dónde señalo...! No piense

LA MITOLOGÍA, — por CUESTA.



PLUTON.



HÉRCULRS.



VÉNUS.



CUPIDO.

que es á mal sitio, y dispense
el modo de señalar.

En materia de escribir
nadie puede competir
conmigo en el universo:

soy hombre que pone en verso
la tabla de dividir.

Yo manejo la armonía
imitativa, de un modo...
que tengo una poesía

(Sigue en la pág. 8.)

LA MITOLOGÍA, —por CUESTA.



ORFEO



MARTE.



CÉRES.



NEPTUNO.

que se llama *La tram-via*,
en que oye usted el pito y todo.

—
¿Y manejando el terror?
Los dramas que por ahí andan
no llegan á mi !!! *Estertor!!!*
Tiene momentos que mandan
á Panticosa á un actor.

—
Pues, ¿y en lo cómico? ¡Qué!
Nada, vaya usted y pregunte,
que ya le dirán á usted.
En mis piezas, ni el traspunte
se puede tener en pié.

—
Pues ¿y mi fecundidad?
Mis nervios no tienen fin:
esta es la pura verdad.
Soy la imagen de la *in-*
commensurabilidad.

—
Aprovecho este momento
en que yo no estoy presente
para decir lo que siento:
le digo á usted formalmente
que tengo mucho talento.

—
Y digo esto porque quiero
que al saber el mundo entero
mi talento y mi valer,
diga el mundo: «¡fué el primero
que se los echó de ver...!»

—
Muy buenas noches, lector;
ya sabe usted lo que valgo;
hágame usted el favor
de ir diciendo por ahí algo
de su atento servidor:

LUIS DE CHARLES.

MANÍAS.

No comprendo cómo hay hombres, por despreocupados que sean, á quienes no gusten las mujeres *de botas*.

—
Un amigo mio, muy pobre por más señas, dice que no hay memoria de que nadie se haya ahogado

en el Rio... de la plata. En Castilla está reproducido el mismo fenómeno, pues ni por casualidad se encuentra un ahogado en Rioseco.

—
El único medio de que los hombres no han podido echar mano para salir de sus apuros ha sido el *medio-día*.

—
La primera vez que yo ví la luna creí que era un queso de bola.

—
Una señora, muy aficionada á la música, sostiene que el *buen tono* ha huido de la Sociedad, y apenas si lo poseen algunos tocadores de violin.

TROVOS.

—
Arroz me dá la patrona
y al besarte beso arroz...
Señores, con tanta sopa,
¿quién no tiene indigestion?

—
Nací pobre, vivo pobre;
nací feo y feo sigo...
—Ya ves, morena, que soy
consecuente en mis principios.

—
Un divieso y cinco ingleses
que tengo, suman seis plagas...
para parecerme á Egipto
solo tu amor me faltaba,

—
La luz que brilla en tu cuarto
muy clara debe de ser;
no la apagues, vida mia,
si quieres dejarte ver.

—
Yo me arrimé á un burro negro
para librarme del frío,
y el burro me dió una cox
de padre y muy señor mio.

—
La clemencia de Dios es infinita,
y esto se echa de ver,
si meditamos que salvarse pueden
el hombre y la mujer.

FANY.

ESTUDIO

POR ERNESTO FEYDEAU,

TRADUCIDO AL CASTELLANO DE LA TRIGÉSIMA EDICION FRANCESA.

Se vende en las principales librerías, al precio de 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.—Los pedidos á D. Manuel Fraga, calle de San Agustín, núm. 6, segundo.

Madrid, 1873.—Imp. de R. Labajos, Cabeza, 27.